

LIBROS >

Galdós para entender la España de hoy

Cien años después de su muerte, la obra del autor de los 'Episodios Nacionales' no solo explica lo que nos ha pasado a los españoles sino las claves de lo que está pasando

ALMUDENA GRANDES

5 ENE 2020 - 14:32 CET



Benito Pérez Galdós, en la finca familiar de Los Lirios en Gran Canarias en 1894. CASA-MUSEO PÉREZ GALDÓS

En febrero de 1897, [Benito Pérez Galdós](#) leyó su discurso de ingreso en la Real Academia Española. En aquel texto, titulado *La sociedad española como materia novelable*, expuso lo que ahora llamaríamos su poética, su manera de entender la novela como género, las ambiciones y propósitos que guiaron su escritura. Una de las frases de aquel discurso se convertiría en un lema galdosiano. Imagen de la vida es la novela, dijo entonces, y al contar la de los españoles, sus libros fueron trazando la imagen de un país que se llamaba igual que el nuestro, aunque ya no son el mismo. Pero más allá de la emoción, de la admiración, del placer, el mejor motivo para leer hoy al otro gran narrador español de todos los tiempos es su asombrosa capacidad para explicarnos lo que nos ha pasado, lo que nos está pasando todavía.

[Galdós nunca fue neutral](#), y en el principio alienta una flamante ilusión democrática. *La Fontana de Oro*, su segunda novela,

se publicó en 1871, un año antes de que apareciera el primero de los *Episodios Nacionales*, que la toman como modelo. En *La Fontana*, Galdós retrocede hasta el Madrid de 1821, donde los liberales han recobrado la esperanza. El odioso Fernando VII ha jurado la Constitución. La felicidad pública, el progreso, el nacimiento de una España más moderna e igualitaria se adivina en el horizonte. Así disculpa el joven Bozmediano a los exaltados que han atropellado en la calle a quien parece un pobre anciano. No hay revoluciones sin excesos, le dice mientras le acompaña a casa, pero el Gobierno pondrá fin a estos altercados. Mientras tanto, el anciano calla. Bozmediano no puede saber que es precisamente él quien, con dinero de Fernando, paga a los agitadores, a

MÁS INFORMACIÓN

El Galdós de Cánovas Sánchez

Admirando a Galdós

Galdós renueva su valor

los incendiarios, a los energúmenos destinados a asustar al pueblo, para convencerle de que solo el poder absoluto de un rey tiránico labrará su paz y su felicidad.

A lo largo de los *Episodios Nacionales*, Galdós desarrolla este amargo principio en un trágico rosario de esperanzas frustradas, revueltas armadas y guerras civiles que comienzan siempre de la misma manera. En las regiones más ricas de España, el País Vasco, Navarra, Cataluña, la vieja aristocracia y la pujante burguesía que no tienen nada que ganar con los planes modernizadores de los gobiernos liberales de Madrid, levantan ejércitos bajo la bandera de Dios, la Tradición y el Rey absoluto que identifican con don Carlos, el hermano menor y aún más reaccionario de Fernando VII. A partir de 1833, los carlistas siempre pierden las guerras que empiezan pero son, también siempre, tan generosamente perdonados por los vencedores que están en condiciones de volver a conspirar en el instante mismo de su derrota. Así, en 1840, en 1849, en 1876, cuando en la superficie parece que todo ha terminado, en el subsuelo todo vuelve a empezar.

Los lectores de Galdós tenemos una perspectiva más amplia de lo que estamos viviendo que los españoles que nunca lo han leído. Sabemos por qué el independentismo catalán suprime el siglo XIX en un relato que insiste machaconamente en el XVIII, como si este estuviera más cerca que aquel. Sabemos que los partidarios de la mano dura se llamaban a sí mismos moderados, igual que la ultraderecha se beneficia hoy de términos como centroderecha o constitucionalismo. Sabemos que el republicanismo no fue un virus extranjero inoculado a traición en el ignorante pueblo español de 1931, sino una aspiración sólidamente instalada en el pensamiento progresista nacional desde las Cortes de Cádiz. Sabemos por qué el término “liberal”, que existe en casi todas las lenguas del mundo, es una palabra española y que, precisamente por eso, Franco se esforzó por extirpar la memoria del siglo XIX de “su” España, condenándolo a un limbo del que no ha sido completamente rescatado todavía. Sabemos además, quizás sobre todo, que la única Guerra Civil que conocemos por ese nombre —como si las carlistas no lo hubieran sido— fue el desenlace de un conflicto que duró más de un siglo. Desde 1812, dos Españas lucharon entre sí bajo banderas antagónicas. La libertad, el progreso, la igualdad, combatieron a la tradición, al clericalismo, a la reacción, y ni siquiera venciendo en tres guerras seguidas lograron ganar el futuro. El país donde yo nací aún era producto de su derrota.

Galdós nunca fue neutral, y en el final la desolación es casi absoluta. En 1897, *Misericordia* certificó el naufragio de todos los sueños. La Restauración había asfixiado las ilusiones de Bozmediano, los intentos de modernización del país agonizaban cubiertos de polvo. La burguesía, que debería haber sido el motor de la transformación social, imitaba el proverbial egoísmo de la aristocracia en lugar de liderar el Estado democrático. Las clases medias solo aspiraban a subir en el mismo ascensor, desentendiéndose de los más pobres, que se dejaban morir en el arroyo.

La dignidad de Benina

Un milímetro más acá sobrevive Benigna, la señá Benina, Nina, tres nombres diferentes para un personaje que encarna la dignidad del pueblo español en el contexto de la crisis más feroz. Benigna pide limosna en la puerta de una iglesia para alimentar a su señora, la dama arruinada que come lo que su criada le da. La señá Benina corre, va, viene, pide un duro prestado, empeña, rescata, se agota en una lucha implacable y todavía socorre a quienes tienen menos que ella. Su único

patrimonio es su amigo Almudena, un mendigo moro, ciego, más marginal que miserable, que la quiere bien. Galdós, creador de personajes femeninos extraordinarios, a través de los cuales contó el mundo con tanta ambición como la que desplegó en sus personajes masculinos, deposita en Benigna, en su nobleza, en su generosidad, en su ternura, la última de sus esperanzas. Ella representa la frágil hebra de vitalidad que conserva el imperio moribundo, ensimismado y mohoso, que tal vez aún merezca la oportunidad de renacer.

[Leer a Galdós es entender España](#), naufragar con ella, encontrar motivos para seguir creyendo.

También por eso es un escritor imprescindible.

CITAS PARA UN ANIVERSARIO

2.000 libros. Coincidiendo con el centenario de su muerte, el Instituto Cervantes y la Comunidad de Madrid regalan hoy 2.000 ejemplares en edición facsímil del tercero de los *Episodios Nacionales*, la novela *El 19 de marzo y el 2 de mayo*. Se recogen en las sedes del Instituto Cervantes y la Consejería de Cultura.

Homenajes. El Ayuntamiento de Madrid rinde homenaje al escritor en su estatua del parque del Retiro a partir de las 12.00. Una hora antes, tendrá lugar otro homenaje ante la tumba de Galdós en el cementerio de La Almudena, al que acuden representantes de varias instituciones. El Ateneo de Madrid albergará a lo largo del año conferencias y actos en torno a la vida y la obra del autor de *Fortunata y Jacinta*.

Jornada especial. El Gobierno de Canarias, el Cabildo de Gran Canaria y el Ayuntamiento de Las Palmas han organizado una jornada especial para conmemorar al escritor canario y divulgar su obra con teatro de calle, actos institucionales y jornada de puertas abiertas en su casa-museo, que regalará libros a los visitantes. Estos días arranca además el rodaje de *Galdós*, un documental sobre el autor del director canario Gustavo Socorro.

Se adhiere a los criterios de

[Más información >](#)

ARCHIVADO EN:

Benito Pérez Galdós · Almudena Grandes · Constitución 1812 · Liberalismo político · Francisco Franco · País Vasco · Cataluña · Historia contemporánea · Ideologías · Escritores · Historia · Literatura · España · Cultura · Política

NEWSLETTER

Recibe la mejor información en tu bandeja de entrada

